

10. Situados los pueblos popolocas, casi todos, en montañas ó cañadas de formación cretácea, y sin poseer tierras propias, carecen de agua, de suelo laborable y de ganados; sus industrias únicas son la matanza del ganado cabrío en las haciendas cercanas á sus pueblos; la elaboración de tejidos de palma, artefactos de fibra de maguey é izote, y la alfarería. Ésta corre á cargo de las mujeres, pues los varones solamente se ocupan en acarrear y disponer la materia prima, quedando la elaboración de los objetos cerámicos á cargo de las hembras. Ruda es la tarea que tal fabricación requiere: hay que traer de un lugar distante el barro; sacar de profunda mina el micacuísto que se le mezcla, y después preparar convenientemente ambas cosas para formar la pasta. En lugares apropiados se deposita el barro, y cuando está bien seco se procede á pulverizarlo. Para este fin usan un palo grueso y encorvado, con el cual á repetidos golpes logran su objeto. Esta tarea para un solo hombre sería demasiado pesada, y como la industria no da para la paga de operarios, ni éstos se encontrarían fácilmente, quienes de ellos necesitan recurren á este medio: colocan en lugar visible una gran botella conteniendo aguardiente de caña, y todo aquel que ayuda en esa faena tiene derecho á libar buenos tragos de ese por ellos tan apetecido líquido.

Tamizadas y mezcladas las tierras en proporción debida, proceden las mujeres á el arreglo de la pasta, poniéndole la cantidad necesaria de agua y malaxando el todo con las manos.

Los utensilios que preferentemente fabrican son grandes vasijas y comales; para hacer ambas cosas y otras

menores no usan moldes ni torno; todo lo hacen á mano. Forman con el barro preparado unos rodetes y los colocan sobre unos recipientes en forma de escudilla casi plana; sobre de éstos, comenzando únicamente con los dedos, van formando la vasija, y á cierta altura emplean las palmas de las manos logrando así levantar una olla de casi una vara de altura. Las que fabrican los comales lo hacen aplanando y agrandando el barro con la palma de la mano hasta obtener la figura y tamaño deseados. Estos objetos se dejan secar al sol por uno ó dos días, al cabo de los cuales, con un pequeño cuchillo los van rebajando hasta darles el grosor conveniente, y después, con un pedazo de piel mojada, un fragmento de jícara y una piedra lisa, los pulen perfectamente.

Para darles mayor consistencia y cierto color y vidriado, los untan con el jugo de la corteza de un arbusto que ellos llaman Cuajote (*Bursera fragaroides*, Engler) después de haberlos cocido en el horno.—14—

Hilan la lana y algodón en el malacate que os presento—15—y hacen sus tejidos en un telar primitivo, sin que jamás les pongan labores ni color alguno.—16—

Las sogas de ixtle son muy estimadas, tanto por estar perfectamente torcidas, como por su tejido, sobre todo las llamadas de ocho hilos.—17—

Los popolocas de Azingo casi están únicamente dedicados á la matanza y fritura de carnes del ganado cabrío, y sus mujeres á tejer cuerdas de fibra de maguey é izote.—18—

El grupo fotográfico que tenéis á la vista manifiesta indios popolocas de Azingo que regresan de las matanzas, y algunos de entre ellos portan las palas que usan para

mover las carnes en la operación de la fritura. En tiempo de esa labor es la única época del año en que esos indios comen carne; pero qué carne: los desechos de intestinos y huesos casi del todo mondados que sus patronos les regalan. Estas inmundicias las secan al sol y poco á poco las van utilizando como alimento; es también lo único que presentan al viajero ó visitante que toca sus pueblos. Sus casas son infectas y pequeñas chozas formadas con varas, barro y techumbre de pencas de maguey ú hojas de zotole, y en ellas viven en completa promiscuidad, hombres, mujeres, niños, gallinas, cerdos y perros. Higiene y profilaxia no existe entre ellos, puesto que, teniendo apenas agua para las necesidades diarias de la vida, no van á gastarla en bañarse ó lavar sus ropas. El indio popoloca no tiene más que un solo placer en su vida, y este es embriagarse con pulque ó aguardiente; una vez al año, durante la fiesta del patrono de su pueblo, come enchiladas, fruta, pan y dulces. Su pobreza le impide organizar bailes, danzas ó diversiones análogas.

Cosa digna de notarse es que las mujeres de esta raza no cantan, ni en su idioma ni en el nuestro.

Preguntar á estos indios tradiciones de sus antepasados es tarea inútil: nada saben, en nada se fijan, todo lo olvidan y solamente viven del presente. Ejercicio ó juego exportivo alguno no lo usan; uno que otro muchacho se divierte, aisladamente, con el trompo ó la pelota. No obstante las necesidades que les apremian y la miseria en que yacen, son perezosos y holgazanes; el *dolce farniente* y las frecuentes libaciones de tepache ó aguardiente les ocupan casi del todo.

Los chochos de Oaxaca son más industriosos y dili-

gentes: viven con unas pocas más de comodidades, aunque adoleciendo de los defectos capitales señalados en los otros.

11. Puse grande empeño en saber lo que ellos creyeran en materia religiosa y tocante á los destinos póstumos de la humanidad: en lo primero, apenas tienen idea de la existencia de un Ser Supremo, pero del todo material, y con respecto á lo segundo, esperan en otra vida, que no será más que una continuación mejorada de la presente.

Para ellos el Cura católico no es más que un brujo dotado de cierto poder, aunque menor al de los suyos. Le atienden y consideran por temor á los castigos físicos con que los amenaza, mas en realidad ninguna influencia ejerce sobre ellos.

El hechicero ó brujo es la alta personalidad entre estos indios: no lo estiman, más bien le odian, pero le temen. Ejerce sus facultades en la curación de los enfermos, venganzas contra los enemigos, dominio sobre los elementos naturales, principalmente la lluvia, y en el hallazgo de las cosas perdidas.

Un enfermo no es más que aquél que ha perdido una parte de su alma, que ellos imaginan ser algo como el aire, y hay que devolvérsela buscando á el animal ó *tona* que se la ha llevado.

Para este fin corre el brujo por los montes tras el cuadrúpedo, pájaro, reptil ó insecto que, en su concepto, es el alma del enfermo, y así que lo captura lo trae á éste y se lo entrega; en seguida golpea un objeto hueco y, dando gritos, llama al alma del paciente, operación en que le ha-

cen coro los deudos y sus amigos. Complemento de esto son las succiones en la parte dolorida ó en aquella que se supone reside el mal, extrayéndole hábilmente de ahí cabellos, arenas, piedras, monedas, espinas de maguey, alfileres, agujas y otras cosas más: fumigaciones, unturas y bebedizos no faltan. Si las operaciones señaladas fallan, ó se sospecha depende la enfermedad de algún maleficio que otro ha ocasionado, toma entonces el brujo una gallina de plumaje negro, y, colocándola dentro de un *tenate* de palma, la prende con espinas de maguey y adorna el todo con flores de *cempoaxochitl* amarillas; la deja así abandonada en un cerro y con ello cree haber contrarrestado el mal. Otras veces hacen un cerco de piedra y dentro de él colocan al animal dicho, agregando más y más piedras hasta formar un cono ó pirámide huecos; sahuman todo aquello con copal y lo adornan con tallos tiernos de mezquite que después van quemando uno á uno. En ciertos casos ponen también algunos huevos dentro del cono de piedras y una vela de sebo invertida.

Los popolocas de Azingo disfrutan de gran fama de hechiceros y brujos.

12. Cuando muere algún indio popoloca adulto, sus deudos y amigos se preocupan en alto grado, para asegurar su felicidad eterna, en proveerle de unos cacles de pita, un tubo de carrizo lleno de agua, un perrillo de maza de maíz y una pequeña tortilla de lo mismo.—19— Para ser feliz en la otra vida hay que no errar el camino de ella; llevar un guía que indique la buena senda; tener agua que tomar durante el viaje y una tortilla que comer. Como la vía que conduce á la eterna felicidad está sem-

brada de espinas, llevando un buen calzado de pita éstas no lastiman y se puede recorrer fácilmente: con zapatos, según dicen ellos, hay el peligro de resbalar y caer al abismo. El perrillo es un excelente guía, y con su provisión de agua y la tortilla hay bebida y alimento bastantes hasta rendir la jorada. Con los niños no hay estos cuidados, pues siendo *angelitos* vuelan directamente al cielo y por ello hacen más bien fiesta que duelo.

Ninguno de estos indios cree en el infierno ni en las penas eternas; su moral se reduce á no hacer aquello que les traiga perjuicio ni molestia alguna, sin preocuparse por la bondad ó malicia de sus acciones. De lo que sea el alma, no tiene ni la más remota idea.

13. Conservan restos de su antigua idolatría, pues veneran á los ídolos de sus antepasados como á dioses que les proporcionan la lluvia y las buenas cosechas; en Mezontla pude obtener dos pequeños fetiches á los que se les daba actualmente culto con tal objeto.—20—

14. En sus casamientos tienen especiales ceremonias: Cuando alguno se interesa por alguna mujer para tomarla en matrimonio, lo avisa á los padres de él y éstos llaman entonces á uno de ciertos viejos á quienes en su idioma llaman *xíticôxánoo* ó casamenteros, y á él encomiendan exponga la pretensión ante los padres de la mujer.

Acompañan á éste los padres del pretendiente y él expone el objeto de la visita. Esta primera conferencia es breve y en ella se les cita para que á los tres días vuel-

van. Se repiten estas visitas por 4 ó 6 veces, y al cabo de ellas recibe el interesado la contestación definitiva. Si es favorable, pasados tres días se presentan los susodichos llevando como obsequio para los padres de la novia, pan, chocolate, azúcar y cigarros. Entonces es cuando se señala el día y fecha en que deba efectuarse el matrimonio; y cuando está muy próximo vuelve el casamentero con los padres del novio trayendo nuevo regalo, consistente en un cabrito adornado con sartales de flores de cempoaxochitl, pan, chocolate, aguardiente, cigarros, azúcar, chile, clavo de especies, manta, percal, pañuelos, agujas é hilo de varios colores; viene esto á ser realmente las donas. Á este acto asisten los parientes de ambos contrayentes y cuantas personas del pueblo quieren y son invitadas; el padre de la novia da de comer á todos. Al terminarse esta comida pide permiso el padre del novio para llevar á su casa á la desposada y acompañada por todos los concurrentes la lleva consigo. En llegando á la casa se consuma el matrimonio y siguen en fiesta durante 5 ó 6 días, la cual termina con amonestar los padres de los recién casados á éstos, en presencia de todos los asistentes, á llevar buena vida marital y cumplir con sus obligaciones.

No es sino al cabo de algunos meses cuando la pareja se presenta al cura para hacer su matrimonio según el rito católico, el cual también se festeja con varios días de baile y borrachera. La endogamia se practica extrictamente en esta tribu, pues nunca solicitan ni permiten los matrimonios de los suyos con los de otra raza ó pueblo.

15. Pocas festividades católicas celebran estos indios y se reducen á la del santo patrono del pueblo, el Corpus y Noche Buena.

Tienen gran veneración á las culebras llamadas mazates ó *cothâmd*, pues dicen ser ellas el alma de los manantiales y si en algo se les perjudicare, harán que ellos se agoten. Las mujeres acarician, cuidan y llevan consigo á los reptiles nombrados camaleones, pues creen que con ello hacen buenas y sabrosas tortillas.

La influencia femenina en esa sociedad es grande; todos los asuntos de ella se resuelven y ordenan teniendo en cuenta el dictamen de las mujeres.

Bregando con la natural desconfianza y reserva del indio, y mediante los servicios de Agustín Victoria, —21— único habitante de Mezontla que sabe leer y escribir, pude adquirir ésta y otras noticias, así como todo lo referente á la lengua popoloca: fué él mi intérprete, mi guía y el auxiliar más útil que en mi labor encontré.

16. El problema capital de mi investigación, que era determinar con pruebas positivas *la filiación étnica* de estos Popolocas, solamente podía resolverse: *a)* estudiando su idioma; *b)* su conformación física, y *c)* sus monumentos arqueológicos.

17. Con ímproba labor logré formar un vocabulario popoloca de cerca de 2,000 palabras, analizar sus frases y estudiar un poco el sistema sintáctico de él; pude sin grandes dificultades acostumbrarme al fonetismo de su idioma, comprobando ser él bastante armonioso y expresivo y sólo un poco difícil en la pronunciación de ciertas

letras heridas y algunas articulaciones ligeramente guturales ó nasalizadas. Adopté, en tesis general, para su transcripción nuestro alfabeto castellano y algunas pronunciaciones del inglés.

Si no temiera abusar de vuestra indulgencia os hablaría con alguna extensión respecto á este asunto; mas como él no sea atractivo, por su aridez, me concretaré lo más posible.

Tiene esta lengua todas las letras de nuestro alfabeto castellano, excepto la *l*, y con muy poco uso la *f*, que viene á substituírse con una cuyo sonido es casi idéntico á la de la *fi* griega; la *r* siempre es suave cual en inglés, la *h* es una aspiración, la *q* suena fuerte (como *k*), la *c* suave; con *y* he representado una pronunciación ó articulación cuando se une con las vocales, que no es sino un exagerado *yeísmo*; con *g*, figuré la pronunciación gutural á que he aludido y con *th*, una muy especial y común á las chocha y mixteca, que se confunde mucho con las articulaciones *Dá*, *Dtá* ó *Ndtá*.

La lengua popoloca es polysilábica y forma sus palabras por yuxtaposición; los nombres carecen de declinación é indican su género con las palabras *cú* ó *xí* que significan *macho*, *hembra*, generalmente postpuestas y rara vez antepuestas, y el número con el adverbio *cái* equivalente á *todos* ó *muchos*.

Aunque presenta adjetivos calificativos no tiene grados de comparación; los aumentativos y diminutivos se forman adicionando á la palabra éstas: *xí* ó *tzi*, pequeño, y *thi*, grande; verbigracia: *Cuniatzí* ó *Cuniaxí*, perrito; *Cuniathí*, perrote.

La 1.^a y 2.^a personas del pronombre personal sola-

mente en la pronunciación, cuidadosamente observada, se distinguen: *Haá*, es yo; *Hââ*, es tú. Carece esta lengua de verbo substantivo, el cual se suple con el auxiliar *haber* (*tzúndá*) y algunas veces el verbo *tziné*, comer. Los verbos no tienen infinitivo y sus tiempos son el presente, el pasado y el futuro de indicativo; con respecto al imperativo, ó es la raíz del verbo sin las partículas temporales, ó el futuro. Éste suple también al infinitivo y subjuntivo. Su sintáxis es natural y no pude encontrar régimen especial alguno. Conjunciones é interjecciones tienen muy pocas.

Su sistema numeral es notable y completo, teniendo por base el cálculo vigesimal deducido de la cuenta de los dedos de las extremidades: *Gú* ó *Go* es 1; *Nohó* ó *Nogó* es 5, ó sea 4+1. En realidad son simples solamente los cuatro primeros números y compuesto el 5.^o *Tê* es 10; *cá* es 20. Á la mano se le llama *Têná* y allí vemos la radical *Tê*, que es el nombre de la cifra 10. *Yâcá* ó *Yúcá* es 40, compuesto de *Yâ* ó *Yú*=2 y *Cá*=20; son dos veintenetas, (40). *Câtê* es 30 y lo forman *Câ*=20 y *tê*=10 (20+10=30) y así de los demás. De 100 en adelante dicen: *Gúciento*=1 ciento, *Téciento*=10 cientos ó 1,000. Más allá de esta cifra no saben contar; mas conocido el mecanismo de su numeración se puede llegar hasta donde se quiera.

Los números ordinales los forman añadiendo á los numerales la palabra *shí* equivalente á «después de;» v.g.: *Yushí*, segundo; *Têshí*, décimo.

18. Conocen, nombran y distinguen los puntos cardinales y las estaciones del año; de su antiguo calendario nada conservan y deben haberlo tenido, pues así lo de-